

Serie: Cuadernos Políticos

2

Autoritarismo y fascismo en América Latina



Agustín Cueva

Centro de Pensamiento Crítico

Serie: Cuadernos Políticos

2

Autoritarismo y fascismo en América Latina

Agustín Cueva

Centro de Pensamiento Crítico
Biblioteca Agustín Cueva

Centro de Pensamiento Crítico

Primera edición: enero 2013

Serie: Cuadernos Políticos No. 2

Editores: René Báez y Andrés Rosero

ISBN: 978-9942-11-819-6

Editorial Gallo Rojo

Diseño e impresión: Artes Gráficas SILVA Telf.: 2551-236

Quito - Ecuador, 2013

Contenido

Presentación	7
El desarrollo del capitalismo en América Latina y la cuestión del Estado	15
La política económica del fascismo	33
La “remodelación” fascista de la sociedad	49

Presentación

Cueva, un vigía del continente

Agustín Cueva Dávila (1937-1992) constituye, a mi juicio, el primer pensador social ecuatoriano del siglo XX, una figura similar a la que representara Juan Montalvo en el XIX. La opinión anterior no supone, desde luego, una apreciación hiperbólica de alguien que se gratificó en una entrañable amistad de más de veinte años y que continúa abrevando de su portentosa y multifacética contribución intelectual, sino que se trataría más bien de una creencia que se afirma con el paso del tiempo y, como lamentablemente suele suceder, particularmente fuera de nuestras fronteras.

Textos fundamentales

Los aportes de Cueva a la cultura nacional y continental cubren el amplio espectro disciplinario de la historia, la sociología, la economía, la política, la filosofía y la crítica literaria. Campos del saber asumidos y cultivados como elementos íntimamente relacionados con el ser y el devenir de Nuestra América.

Cabe relieves, no obstante, que el principal eje de su quehacer investigativo y escritural constituyó la interpretación del proceso histórico de nuestros países, tarea siempre pensada como medio para la identificación de sus causalidades sustantivas y como imprescindible recurso para desbrozar el porvenir. Su primera incitación fue el Ecuador, patria amada y amarga de la cual se mantuvo largamente ausente.

A la explicación de la evolución general del país dedicó sus dos primeros libros: “Entre la ira y la esperanza” y “El proceso de dominación política en el Ecuador”.

El primero de ellos, originalmente editado por la Casa de la Cultura en 1967, contiene una penetrante e iconoclasta evaluación de las manifestaciones literarias y artísticas ecuatorianas que abarca desde los primeros tiempos de nuestra subordinación a la Corona española hasta las creaciones de mediados del siglo pasado. Ensayo incisivo y colérico pone al descubierto la condición mediatizada y servil de la mayoría de los intelectuales y artistas de estas latitudes. Visión general que no le impedirá destacar los méritos de los imagineros quiteños, Eugenio Espejo, Juan Montalvo, Jorge Icaza, Pablo Palacio, el grupo de Guayaquil o los poetas *tzántzicos*.

En “El proceso de dominación política” analiza con sus característicos rigor teórico y economía expositiva los principales momentos de la dominación oligárquico/burguesa de nuestro país en el período que se abre con el triunfo de la Revolución del 95, evaluación de la política siempre elaborada con el telón de fondo de los cambios en la socioeconomía interna y de las poderosas influencias del capitalismo central. Este nuevo libro de Cueva se constituirá -conforme a una extendida opinión- en el acontecimiento fundacional de la moderna historiografía ecuatoriana, en la medida que introdujo por primera vez en la interpretación del devenir nacional el enfoque dialéctico y estructural.

Al resonante éxito de “El proceso ...” - originalmente publicado por Ediciones Crítica, de la cual fue un asiduo colaborador- debe atribuirse en gran medida la suerte de apoteosis que vivieran las ciencias sociales ecuatorianas en los años setenta del siglo pasado.

Hacia 1988, según recordaba el propio investigador Ibarreño en el prefacio a una edición nuevamente actualizada, el ensayo había acumulado al menos dieciocho apariciones, incluida una publicación ‘pirata’ en inglés que lo reconocía como a una joya (*a jewel*) de análisis sociopolítico. Al menos hasta esa fecha, “El proceso...” habíase convertido en el trabajo de autor ecuatoriano que mayor número de ediciones había merecido.

Las contingencias de la vida política ecuatoriana, concretamente el “autogolpe” de Velasco Ibarra de 1970 y la automática clausura de la rebelde Universidad Central a la sazón regentada por el eminente Manuel Agustín Aguirre -y en la cual Cueva se desempeñaba como director de la Escuela de Sociología, catedrático de la Facultad de Economía y responsable de la revista *Hora Universitaria*- le obligan a radicarse en Chile inmediatamente y en México a partir de 1972.

En el país azteca, y como una proyección natural de sus inquietudes académicas y políticas, luego de un colosal esfuerzo investigativo en la UNAM, donde su vocación y prestigio le llevan a ocupar la dirección de la División de Estudios Superiores, Cueva concluye y publica su monumental “El desarrollo del capitalismo en América Latina”, libro en el cual, a partir de un laborioso escrutinio de las situaciones y procesos particulares de nuestros países, culmina elaborando la lógica general de la constitución y reproducción del ‘subdesarrollo’ regional.

El estudio es prontamente identificado como la interpretación más cabal y objetiva del devenir político/económico de América Latina desde los tiempos coloniales, lo cual consagra

continentalmente a nuestro compatriota. Publicado recurrentemente en la prestigiosa Siglo XXI, ha sido traducido a idiomas tan remotos como el japonés, el chino y el coreano. Su décimo tercera edición en castellano (1990), incorpora un posfacio donde el autor disecciona la “crisis de alta intensidad” que soportaba la región en vísperas del tercer milenio. Y que, a nuestro juicio, continúa soporándola.

Con “El desarrollo del capitalismo...”, inicia Cueva su brillante saga de investigaciones sobre el drama contemporáneo de Latinoamérica. Repasemos sumariamente algunos títulos de esta su nueva fase de producción académica.

En “Tiempos conservadores” (Editorial El Conejo, Quito, 1987), libro colectivo preparado bajo su coordinación, avanza en el análisis, desmitificación y denuncia del remozado discurso de la derecha mundial, tan teñido de antitercermundismo, neodarwinismo social (también conocido como neoliberalismo), racismo, xenofobia, discriminación sexual, relativismo moral. Es decir, en una crítica de la teoría/práctica de los Reagan, Thatcher, Nakasone, Hayek, Friedman y otros “brujos malvados”. Pocas veces en la historia del pensamiento latinoamericano se habrá librado una batalla tan descomunal como la que asumió Agustín Cueva en su estudio “El viraje conservador: señas y contraseñas”, incorporado a “Tiempos conservadores”, combate desplegado en defensa de los fundamentos racionales y humanistas de nuestra cultura.

En el mismo decenio trágico de los ochenta –signado por el triunfo orgiástico del Gran Capital, el hundimiento del “socialismo real” en el Este europeo y la derrota de las organizaciones sindicales y nacionalistas en el Sur del planeta- la vocación irreverente y comprometida de Agustín Cueva nos obsequian “Las democracias restringidas en América Latina” (Planeta, 1988) y “América Latina” en la frontera de los 1990 (Planeta, 1989).

“Las democracias restringidas...” comprende una recopilación de ponencias y otros materiales académicos donde desglosa las nuevas realidades y los nuevos fetiches que atormentaban/ atormentan a la región. En cuanto a las realidades, allí examina la agudización de los problemas económicos y sociales del continente interpretándolos como correlato de la condición subalterna de *nuestro* capitalismo y de los intereses de burguesías sin sentido nacional, los ajustes recesivos impuestos por los altos mandos de la banca internacional en el marco del *shock* de la deuda de 1982; y, en cuanto a las ideologías y su influencia práctica, en el aludido trabajo discierne sobre la implantación en estas latitudes de la teología del mercado y la (re)instauración de regímenes democráticos meramente formales y decorativos después del repliegue de las dictaduras fascistas en el Cono Sur. Como democracias *nostras* les tipificó Agustín a algunos de esos gobiernos, tan distantes al “mandar obedeciendo” de nuestros pueblos originarios.

El libro se cierra con una denuncia de “El otro sendero”, el prefabricado *best-seller* del peruano Hernando de Soto, que con sus fábulas sobre el “capitalismo popular” y el “reino de los microempresarios” habíase convertido en una suerte de Biblia para los multiplicados economistas y sociólogos neoconservadores.

En “América Latina en la frontera de los años 90”, Cueva se sumerge nuevamente en los grandes temas y problemas contemporáneos del continente: el hundimiento económico/social de la región, el dogal de la deuda, las privatizaciones, la denominada crisis de los grandes paradigmas (o de la pequeña realidad, ironiza nuestro autor), la manipulación de los derechos humanos, el viraje derechista de la socialdemocracia, la resistencia de las organizaciones sindicales y populares.

Ya en el umbral de su existencia física, acosado por una implacable enfermedad, nuestro infatigable compatriota se con-

vierte en uno de los principales cruzados de la contracelebración del dominio instaurado en contra de nuestros pueblos en 1492 (“el *Reich* de los 500 años” que diría Noam Chomsky”). Fruto de esa campaña, que le lleva a recorrer nuevamente la geografía latinoamericana, son sus breves ensayos “Falacias y coartadas del V Centenario” y “América Latina frente al ‘fin de la historia’”, en los cuales insiste en su impugnación al colonialismo de ayer y al neocolonialismo de ahora. Al tiempo que refuta la tesis liquidacionista de la historia formulada por el ideólogo del establecimiento mundial Francis Fukuyama.

En enero de 1992, en medio de una desigual lucha con la muerte, entrega al editor los originales de “Literatura y conciencia histórica en América Latina”, texto que se publica en forma póstuma en 1993. “Literatura y conciencia histórica...” es uno de los legados más estéticos de nuestro polifacético investigador. Contiene una selección de artículos de crítica literaria dedicados a identificar, según sus palabras, “como fue constituyéndose no sólo objetivamente, sino también en lo subjetivo, lo que hoy denominamos ‘situación de subdesarrollo’”. Quienes hayan recorrido sus páginas podrán testificar cómo su obsesión por explicar la condición esencial del continente le lleva a explorar incluso en los intersticios de la ficción y de los sueños.

En “Literatura y conciencia histórica...” discurre sobre la obra de autores en apariencia tan distantes y disímiles como Alonso de Ercilla, Bartolomé de las Casas, Pablo Palacio, los “decapitados” o Jorge Enrique Adoum. Destaca en el compendio la reproducción del prólogo escrito por Cueva a dos de las novelas mayores del Nobel Gabriel García Márquez: “Cien años de soledad” y “El coronel no tiene quien le escriba”, a propósito de la edición de las mismas por la Biblioteca Ayacucho (Caracas, 1989).

El germen de su trascendencia

Formado académicamente en la Universidad Católica, en la Universidad Central y en otras instituciones de inspiración humanista, Agustín Cueva asumió la teoría marxista, no como un *snobismo* intelectual (tan frecuente en tiempos de su formación), sino como un instrumento cognitivo para una mejor y mayor vinculación con la causa del pueblo, consecuente además con una honrosa tradición de jacobinismo de la intelectualidad más representativa de América Latina.

En sus propias palabras:

...mi proceso de adhesión al marxismo obedeció, en proporciones probablemente equiparables, tanto a una opción ético-política como a la fascinación por la única ciencia social que jamás pierde de vista la totalidad del hombre y de su historia, que aspira siempre a reconstituir.

El marxismo de Agustín Cueva, asimilado de las fuentes originales del pensamiento socialista europeo, no constituyó en sus manos un cuerpo teórico/metodológico frío y dogmático, sino más bien un saber flexible -“el análisis concreto de la realidad concreta”- conforme lo demostró a lo largo de su portentosa producción y de su *praxis* política, siempre retroalimentadas en el fluido de la vida.

Podríamos decir con Pávlov que los hechos fueron las alas de su ciencia, lo cual, por cierto, no le impedirá condenar al empirismo como a la barbarie del pensamiento.

En su ensayo de defensa del marxismo “El análisis dialéctico: requisito teórico y a la vez político”, incorporado a su libro “Teoría social y procesos políticos en América Latina”, llega a decir:

...el problema no puede plantearse en términos de “fidelidad” o “infidelidad” a textos (del marxismo) que no tienen el rango de sagrados; sino que de lo que se trata es de averiguar si, dejando de lado

el método dialéctico, es o no posible lograr un conocimiento cabal y dinámico de la realidad social.

Este orden de postulados racionales y morales constituye, sin duda, la clave del vigor, la cristalinidad y la perdurabilidad de su obra. Atributos que aparece necesario relievarlos cuando el eclipse de la civilización del capital ha venido, por un lado, a remarcar la enorme vigencia teórica y ética del pensamiento socialista clásico, y por otro, ha tornado visibles e incluso viables a los discursos críticos de una modernidad mal concebida y peor instrumentada.

René Báez

Discurso de homenaje a Agustín Cueva pronunciado en el Paraninfo de la Facultad de Economía de la Universidad Central el día 2 de mayo del 2012 al cumplirse veinte años de su fallecimiento.

(Versión tomada de la Revista Brasileira de Estudos Latino-Americanos de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, Vol. 2, No. 1, Primer Semestre 2012)

El desarrollo del capitalismo en América Latina y la cuestión del Estado

Resumen: El modo de producción capitalista en América Latina está regido por leyes objetivas de acumulación, concentración y centralización de capital, y comporta como región una problemática común que define su fisonomía propia dentro de la gran <<cadena>> capitalista imperialista mundial, si bien con características históricamente determinadas en cada país. Una cuestión definitoria de la fase actual del desarrollo latinoamericano es la fusión de la fuerza política del Estado con la fuerza económica del capital monopolístico, es decir, la conformación de un capitalismo monopolista de Estado, con modalidades concretas de acción no estrictamente idénticas a las de los países imperialistas, debido a la condición supeditada de nuestras formaciones sociales.

I

El desarrollo del capitalismo en las áreas subdesarrolladas y dependientes no está regido por leyes <<específicas>>, distintas de las que gobiernan cualquier desarrollo capitalista. Lo cual significa, entre otras cosas, que no existe ley alguna que impida la *reproducción ampliada* del modo de producción capitalista, y por la tanto de sus *contradicciones*, en esta región del mundo. La pregunta sobre si puede o no haber <<desarrollo>> en América Latina es, por consiguiente, una pregunta carente de sentido.

Está claro que, *visto en su conjunto*, el capitalismo viene desarrollándose en América Latina a ritmos incluso superiores a los de otras áreas integrantes del sistema, y que, en términos <<sociales>>, nuestras estructuras de clase continúan evolucionando en una dirección cada vez más capitalista.

El hecho de que este desarrollo haya <<defraudado>> las expectativas de una <<mejor>> distribución de la propiedad, del ingreso y del poder, que los desarrollistas de diversas tendencias alimentaron hace 15 ó 20 años, es en rigor un problema que concierne a la historia de las ideologías y sus ilusiones, mas no un caso <<aberrante>> dentro del desarrollo capitalista. El desarrollo de este modo de producción está regido por doquier por leyes objetivas de acumulación, concentración y centralización de capital, y jamás hubo asidero científico alguno que autorizara a pensar que la América Latina capitalista pudiera escapar a tales leyes.

Y lo mismo podría decirse con respecto a otra serie de cuestiones. Imaginar, por ejemplo, que el capitalismo pudiera favorecer aquí la creación de economías nacionales autónomas, resultaba tan iluso como pensar que ese mismo desarrollo es capaz de suprimir las especificidades de cada formación nacional, con sus peculiares ritmos históricos y sus también particulares constelaciones de contradicciones. De suerte que tampoco tiene nada de sorprendente el hecho de que, al mismo tiempo que América Latina ha seguido un proceso de acelerada imbricación de sus economías en la nueva fase del desarrollo del capitalismo mundial, haya igualmente experimentado un proceso de desarrollo extremadamente desigual de cada entidad nacional: casos de virtual estancamiento de economías como la de Argentina, Uruguay o Perú; casos de desarrollo acelerado de las economías brasileña, ecuatoriana, dominicana y venezolana, por ejemplo.

Y es que, si de una parte existe una economía capitalista mundial de la que sin duda somos integrantes, de otra parte no

existe una formación económica y social capitalista mundial, sino una <<cadena>> compuesta de múltiples entidades nacionales.

II

De las reflexiones precedentes no puede desprenderse, sin embargo, la conclusión de que el desarrollo del capitalismo en América Latina ocurre de manera exactamente idéntica a la de los países imperialistas. Las condiciones históricas, tanto internas como externas, son naturalmente distintas, y ellas han determinado y siguen determinando *modalidades específicas* de desarrollo del modo de producción capitalista en América Latina, que son precisamente las que interesa poner de relieve. Solo que, al hacerlo, hay que tener buen cuidado de no confundir lo que en rigor constituye un *problema teórico* y lo que es propiamente un *problema histórico*. Como escribe Lenin a propósito de la teoría de la realización y la cuestión de los mercados exteriores:

En realidad, entre estos dos problemas no hay nada en común. La cuestión de la realización es un problema abstracto vinculado con la teoría del capitalismo en general. Que tomemos un solo país o el mundo entero, las leyes fundamentales de la realización descubiertas por Marx son siempre las mismas. El problema exterior o del mercado exterior es un problema histórico, un problema de las condiciones concretas del desarrollo del capitalismo en tal o cual país, en tal o cual época.

Ahora bien, son estas <<condiciones concretas>> a que se refiere Lenin las que, al constituir una *historicidad común* de los países latinoamericanos, nos permiten ubicarnos en cierto nivel de abstracción desde el cual podemos captar la especificidad del desarrollo latinoamericano. No se trata del nivel de lo universal, regido, como se dijo anteriormente, por las leyes generales del modo producción capitalista, ni del nivel de lo singular, que com-

prende las determinaciones ya más peculiares de cada formación nacional; sino de un nivel intermedio, el de lo *particular*, en que aquella historicidad común se convierte en una problemática asimismo común, que define la fisonomía propia de la región dentro de la gran <<cadena>> capitalista imperialista mundial.

III

La especificidad del desarrollo del capitalismo en América Latina se origina en dos órdenes de hechos históricos que constituyen sus determinaciones particulares:

- a. La existencia de una heterogénea matriz estructural que primigeniamente se caracteriza no sólo por el desarrollo marcadamente desigual del capitalismo, sino además por la compleja presencia de modos de producción precapitalistas que sin duda ha impreso un carácter específico a todo el proceso de desarrollo, sobredeterminando el propio curso del capitalismo (vía reaccionaria que este ha seguido). En el momento actual la presencia ya residual de los modos de producción precapitalistas se expresa, sobre todo, a través de la subsistencia de vastos sectores económicos sólo formalmente sometidos al capital (esos <<polos marginales>> de que hablaba Aníbal Quijano en alguno de sus trabajos).
- b. Los violentos y continuos <<reajustes>> que ha tenido y tiene que sufrir esta matriz en función de su inserción subalterna en el sistema capitalista imperialista mundial, hecho que a la par expresa, fuerza y <<deforma>> la lógica interna de desarrollo de nuestras sociedades. Por <<deformación>> ha de entenderse, en este caso, una acentuación muy marcada de la ley de desarrollo desigual del capitalismo, que llega a configurar verdaderos puntos de <<atrofia>> e <<hipertrofia>> simultáneas en el aparato productivo latinoamericano.

Estos dos órdenes de hechos (a y b) se encuentran íntimamente entrelazados y todo el secreto del análisis dialéctico consiste en captar tanto su intrincada vinculación orgánica como el alcance y sentido de sus constantes mutaciones. Para ello conviene evitar dos errores frecuentes: el de *disolver* los problemas de alguno de esos órdenes en el otro, o el de analizar su relación en términos *sistémicos*, o sea como si se tratara de conjuntos de relaciones no contradictorias.

La articulación de varios modos de producción, por ejemplo, por más que a partir del último tercio de siglo XIX empiece a caracterizarse por un predominio cada vez mayor del modo de producción capitalista, no debe ser concebida como una simple <<refuncionalización>> del precapitalismo por el capitalismo. Lo que en realidad se da es una trama particular de determinaciones recíprocas que en última instancia configuran una modalidad específica de desarrollo del capital.

Lo mismo podría decirse con respecto al problema de la inserción de nuestras sociedades en el sistema capitalista imperialista mundial. Subordinadas y todo lo que se quiera, estas sociedades poseen perfiles y ritmos básicos propios (los de sus luchas de clase, principalmente) que generan toda una serie de <<discontinuidades>> y <<conflictos>> (contradicciones, en suma) en aquel proceso de inserción. Las varias determinaciones que aquí intervienen configuran también modalidades específicas en el seno de una relación más general, que es la de los países imperialistas con los países sometidos a su dominación.

Ahora bien, lo que importa destacar es que un proceso histórico así determinado se caracteriza, no precisamente por su <<falta de desarrollo>>, sino más bien por un tipo de desarrollo capitalista en cierto sentido impetuoso, pero que va acumulando una constelación muy especial de contradicciones, que terminan por convertir a estos países en verdaderos *eslabones débiles* de la

cadena capitalista imperialista mundial, en el sentido leninista del término, o sea, en puntos de <<condensación>> en donde a las contradicciones ya propias de capitalismo en su fase más avanzada (monopólica) se suman las de fases o instancias anteriores, incluyendo las enormes secuelas de precapitalismo; y en donde la propia << cuestión nacional >> no ha sido todavía resuelta, en razón de la misma situación colonial, semicolonial o de dependencia a secas.

En esta óptica analizaremos, por lo tanto, el asunto que ahora nos interesa directamente, a saber: el del desarrollo y la naturaleza del Estado en América Latina.

IV

Llegados a este punto conviene, sin embargo, detenerse a formular dos precisiones de orden general referentes al problema del Estado y las formas de dominación en el sistema capitalista:

- a.- La democracia burguesa relativamente sólida y estable *no* constituye la superestructura <<natural>> del modo de producción capitalista, sino que es la modalidad que la dominación burguesa ha logrado asumir en las áreas capitalistas <<centrales>> (eslabones fuertes), beneficiarias de la enorme masa de excedente económico extraído del resto del mundo; o, temporalmente, en algunos países capitalistas <<periféricos>> (eslabones en principio débiles) que han obtenido una ventajosa participación coyuntural en el reparto de aquel excedente (casos de Argentina y sobre todo Uruguay en determinado momento, o de Venezuela en la actualidad). Fuera de estas situaciones, que jamás han llegado a involucrar a más de una veintena de países, la superestructura <<natural>> del capitalismo no ha sido precisamente la democracia sino más bien su extremo opuesto. Así como existe una ley de desarrollo desigual de

la base económica del capitalismo, existe también una ley de desarrollo desigual de su superestructura estatal y, por lo tanto, de desarrollo desigual de la democracia burguesa. Y es que lo que caracteriza en última instancia al Estado burgués no es su *forma*, democrática o totalitaria, sino su necesidad de asegurar la reproducción ampliada del modo de producción capitalista, en condiciones siempre históricamente determinadas y de acuerdo con el lugar que cada formación económico-social ocupa en el seno de la cadena capitalista imperialista. Fuera de esta <<localización>>, recordemos enfáticamente, el Estado capitalista sencillamente no existe: es una pura abstracción indeterminada, que no corresponde a ninguna entidad real.

- b.- Los conceptos de dominación, coacción y hegemonía deben ser manejados con la debida cautela. De una parte, hay que tener buen cuidado de no presentar los conceptos de dominación y de hegemonía como alternativos, puestos que el primero involucra al segundo como uno de sus aspectos: la hegemonía burguesa es un aspecto (el ideológico) de la dominación burguesa. De otra parte, no cabe olvidar que coacción y hegemonía son sólo dos momentos de un único proceso histórico, cuyo desigual desarrollo llega a determinar el predominio de uno u otro de esos <<momentos>>, según el eslabón capitalista de que se trate: tendencia al predominio de la hegemonía en los eslabones fuertes; tendencia al predominio de la coacción en los eslabones débiles. ¿Por qué razón? Una breve revisión del <<caso>> latinoamericano nos permitirá comprender mejor la situación.

V

Expresión de un proceso de las características antes señaladas (numeral III), el Estado latinoamericano no podría dejar de adquirir una fisonomía específica aunque solo fuese por el

hecho de que a las determinaciones universales de todo Estado burgués se le han sumando las determinaciones particulares anotadas. Y es que la naturaleza misma de la <<sociedad civil>> latinoamericana ha impuesto una <<sobrecarga>> de tareas a la instancia (política) encargada de asegurar su cohesión y reproducción. Garantiza el sistema de dominación del que tal Estado es expresión, pero tratando al mismo tiempo de superar las profundas brechas que la acentuada heterogeneidad estructural producía en la propia clase o bloque de clases dominantes: forjar las condiciones necesarias para el establecimiento y vigencia del <<pacto>> neocolonial y, simultáneamente, buscar la manera de <<regular>> las fisuras, desigualdades y desfasamientos internos que el mismo <<pacto>> acentuaba; condensar y expresar las tendencias dominantes en cada formación social pero también <<adelantarse>> en cierto sentido a ellas, a la <<luz>> de las perspectivas abiertas por el desarrollo de los países capitalistas más avanzados; tratar, en fin, de sentar desde arriba las bases de una hegemonía que la sociedad civil era incapaz de generar por su propia heterogeneidad, pero sin dejar de recurrir constantemente a la <<fuerza de la ley>> y las más de las veces a la ley de la fuerza, para evitar que las múltiples <<discontinuidades>> (incluso culturales) y contradicciones acumuladas devengan verdaderas rupturas revolucionarias: he ahí algunas (de ninguna manera todas) de las tareas específicas que el Estado latinoamericano ha tenido que cumplir en sus cien años de desarrollo capitalista.

En tales condiciones, no es una casualidad el que nuestros Estados hayan adoptado por lo general una forma <<autoritaria>> o el que hayan aparecido como una real <<protuberancia>> política, desmesuradamente importante con respecto a la <<sociedad civil>>. Ante la debilidad de las otras <<trincheras y fortificaciones>> de la clase dominante, el aparato estatal en general y su rama militar, particularmente, han terminado por convertirse en la fortaleza no solo última sino también primera

del sistema. Por eso en nuestros días, al igual que hace un siglo, el denominado <<Estado de excepción>> sigue siendo la regla.

Conceptos como los de <<autoritarismo>> y <<dictadura>> son sin embargo demasiado formales y generales para caracterizar a un Estado capitalista que ha sufrido sensibles modificaciones desde su inicial fase <<oligárquica>> hasta su situación actual: en cada momento de su evolución ese Estado ha tenido tareas muy concretas que cumplir, en función de las correspondientes etapas por las que ha atravesado el desarrollo del capitalismo en América Latina, y es esto lo que interesa analizar en este caso para la etapa actual.

VI

El perfil del Estado latinoamericano actual sólo puede comprenderse si se tiene en cuenta que el agotamiento de toda una fase del desarrollo capitalista (vale decir, de determinada modalidad de acumulación) abrió en nuestra sociedad una situación de aguda crisis que puso a la orden del día dos opciones: la de una transformación revolucionaria del sistema imperante, o bien, la de su reestructuración en términos social y políticamente reaccionarios, pero que apuntan al establecimiento de una nueva fase de desarrollo capitalista.

No creo necesario insistir aquí en algo que es de todos conocido: la diversidad y creciente amplitud de la lucha social en la década de los sesenta y principios de los setenta en respuesta a lo cual fue acentuándose el carácter represivo del Estado latinoamericano. Insistiré más bien en el otro aspecto de la cuestión, o sea, en el papel que el Estado fue adquiriendo como <<remodelador>> de la sociedad toda.

La primera tarea que en este sentido empezó a cumplir el Estado en la mayor parte de los países latinoamericano fue la de cancelar de una vez por todas el proyecto de desarrollo nacional autónomo, implantando en su lugar un modelo de desarrollo

<<asociado>>, es decir, perfectamente inserto en una perspectiva de transnacionalización de los sectores claves de nuestra economía. Es cierto que en algunos países se dibujaron coyunturalmente proyectos burgueses que parecían marcar una trayectoria opuesta, de corte más bien nacionalista, pero no está por demás recordar que fueron de duración efímera (casos de Perú, Ecuador, Honduras). El movimiento general fue pues en la otra dirección, implicando por lo menos dos cosas:

- a.- La reestructuración del bloque burgués, en cuyo seno la fracción monopólica adquirió plena primacía. A este respecto hay que advertir algunas cuestiones. De una parte, que no se trata únicamente de la fracción burguesa extranjera, sino también de la fracción burguesa monopólica nativa, que indudablemente ha ido conformándose en el curso del desarrollo capitalista latinoamericano. De suerte que ahora el capital imperialista ya no se apoya, como antes, en un sector burgués local simplemente <<comprador>> (intermediario), sino en un socio ciertamente menor pero de su misma naturaleza económica. En estricto rigor la burguesía <<compradora>> tiende a desaparecer del escenario histórico latinoamericano, en donde por lo demás el fraccionamiento principal de la burguesía se ha desplazado del nivel de burguesía agraria, industrial y comercial, al plano de burguesía monopólica y no monopólica. Es falso, por lo tanto, que el Estado latinoamericano actual represente una alianza de sí mismo (?) con el capital extranjero sin una determinación interna de clase; como falsa es la tesis de que a través de ese Estado se exprese una <<burguesía burocrática>> definida como tal por su inserción en el aparato estatal. De hecho, el aparato burocrático es la expresión del predominio de la fracción monopólica transnacional, uno de cuyos componentes es el sector monopólico nativo.

- b.- Una cuestión distinta, y desde luego definitoria de la fase actual de desarrollo del Estado latinoamericano, es la fu-

sión de la fuerza política de éste con la fuerza económica del capital monopólico, hecho que equivale a la conformación de un capitalismo monopolista de Estado. Insisto en esta cuestión, ya que ella parece definir la evolución de nuestro Estado de manera mucho más precisa que sus rasgos <<burocráticos>> o su ideología de <<seguridad nacional>>, que en todo caso derivan de lo anterior y no inversamente. Las modalidades concretas de acción de este capitalismo monopolista de Estado no son desde luego estrictamente idénticas a las que se registran en los países imperialistas, en virtud de la propia condición supeditada de nuestras formaciones sociales.

VII

Así definido el carácter de clase de este Estado, uno está en capacidad de comprender mejor el modelo económico que se busca implantar, así como las tareas que para ello tiene que cumplir el Estado.

En esta perspectiva lo primero que conviene aclarar es que no se trata solo de un proceso de transnacionalización de la propiedad, sino de transnacionalización de toda la estructura económica. Se quiere decir con esto que el desarrollo del aparato productivo obedece más que nunca a un movimiento del sistema capitalista en su conjunto, antes que a requerimientos estrictamente nacionales. Con razón se habla de una nueva división internacional del trabajo, que transfiere importantes sectores de la producción industrial hacia las áreas dependientes, en un movimiento que desde luego no obedece a designios arbitrarios, sino a nuevas condiciones de valorización del capital que se han creado en estas áreas.

Estas nuevas condiciones de valorización son un producto histórico complejo, del que salvando cuestiones secundarias podrían señalarse los siguientes componentes:

- a.- Un residuo de ventajas <<naturales>>, que en síntesis se reduce a la existencia de determinadas materias primas o a la cercanía de ciertos centros hegemónicos, siempre que a ello se sumen otros factores.
- b.- La existencia de un mercado local de alguna magnitud, así como de ciertas <<economías externas>>.
- c.- Sobre todo, la existencia de mano de obra barata, incluso de cierta calificación, y de seguridades políticas para la inversión extranjera.

Las ventajas naturales escapan por supuestos a la acción del Estado, pero la existencia de las demás condiciones depende sobre todo de ella y por lo tanto se imponen como sendas tareas históricas que ese Estado tiene que cumplir. Lo señalado en *b* es antes que nada herencia de fases anteriores (sobre todo la dimensión relativa del mercado interior), de suerte que la acción presente del Estado se concentra especialmente en las tareas señaladas en *c*. Desde el momento en que el Estado del capital monopólico se ha consolidado a través de una lucha de clases muy dura, aplastando a los movimientos populares que han buscado escapar a su control, la garantía política está dada y el gran capital tiene poco que temer a corto plazo. La tarea siguiente consiste en asegurar la existencia de una mano de obra barata, y, como en la fase precedente las propias luchas obreras han elevado el nivel de salarios a límites que el capital monopólico estima poco <<atractivos>> (sobre todo en un momento de crisis), el Estado se encarga de rebajarlos hasta que devengan una real <<ventaja comparativa>>. El mecanismo empleado para esto (con mano política dura, naturalmente) es harto conocido: política económica liberal (sin control de precios) para todas las mercancías salvo una: la fuerza de trabajo. Es sintomático el hecho de que ni siquiera la magnitud del ejército industrial de reserva, que en este periodo ha crecido abundantemente, baste para colocar el

precio de la fuerza de trabajo en los niveles que apetece el capital monopólico. Ese precio, que se lo sitúa por debajo de su valor histórico, tiene pues que ser fijado mediante la coacción estatal.

Sobre las bases señaladas el flujo del capital extranjero se da en magnitudes diversas y, cuando afluye significativamente, es un hecho que acelera el desarrollo del capitalismo en el área, a costa, claro está, de la miseria de las masas populares y, en general, de la acentuación de las desigualdades en todos los niveles de la formación social <<anfitriona>>.

La burguesía monopólica nativa sale, sin embargo, beneficiada de este proceso; más aún, es a través de él que se realiza y cumple con su <<misión>> histórica: extraer la mayor cantidad de plusvalía a la clase trabajadora y acelerar la acumulación de capital. Sin embargo, la burguesía latinoamericana no es un todo homogéneo: el proceso de concentración y centralización de capital que se desencadena bajo la égida del capital monopólico acarrea la ruina de buena parte del sector no monopólico, pero por un lado éste no tiene en rigor ningún proyecto propio que ofrecer a estas alturas de la historia, y por otro lado el temor a esas masas, hasta hace poco efervescentes, lo convierte en la cola política del sector monopólico. En todo caso éste termina por imponer su predominio, reduciendo al mínimo el espacio de expresión de los sectores <<nacionales>>. La contradicción sin embargo subsiste, supeditada a una correlación de fuerzas más general.

VIII

En la medida en que el grueso de la acumulación de capital pasa a gravitar sobre la pauperización absoluta de las masas populares locales, se plantea en esta fase un problema de realización para el que el sistema encuentra finalmente tres salidas:

- a.- La ampliación de la órbita interna de consumo de la burguesía y de los estratos superiores de las capas medias.
- b.- La redefinición de las pautas de consumo de las clases trabajadoras, que a la vez que empeoran notablemente sus condiciones de salud, alimentación, educación básica, vivienda y similares, incrementan su consumo de ciertos bienes industrializados, como radios, televisores, etcétera.
- c.- La búsqueda de mercados exteriores.
Como para plantear un abierto desafío a ciertas tesis, los mencionados mercados exteriores no son precisamente los de los países más atrasados, o sólo lo *son* secundariamente, sino que por lo general se trata de los mercados de los países capitalistas más avanzados, cosa que introduce contradicciones muy particulares en el interior del sistema capitalista imperialista en su conjunto. Y es aquí donde reaparece el aspecto <<nacional>> del problema, que la transnacionalización parece haber completamente abolido. Cada sector burgués reclama, como es obvio, el respaldo de su Estado, a la vez que ese Estado intenta negociar las mejores condiciones en el plano internacional. Las contradicciones interburguesas dan entonces origen a tensiones interestatales, en las que por supuesto no llega a dibujarse una contradicción antagónica, sin que por ello dejen de tener importancia. El grado y la evolución de estas tensiones depende, por lo demás, de muchos factores que van desde lo puramente económicos hasta las particularidades de índole ya propiamente política.

IX

La implantación del capitalismo monopolista del Estado en América Latina está además cargada de una enorme ambigüedad con respecto al desarrollo del sector económico estatal.

En algunos casos, la tendencia a su parcial desmantelamiento es muy clara, como en Chile, Argentina o Uruguay. Aquí se han producido procesos masivos de <<privatización>> de la economía, como paso previo a su transnacionalización. En realidad se trata del desmantelamiento de todos aquellos niveles que en rigor no se habían conformado como expresión anticipada del capitalismo del Estado, sino más bien como una manifestación del capitalismo de Estado a secas, de orientación nacional populista como en la Argentina, o como embrión de economía social, como en Chile. En otros casos, como el de Brasil, el sector de economía estatal más bien se robustece y en este sentido parece haber continuidad entre la fase actual y la anterior. Pero tal continuidad es sólo aparente, ya que más allá de ella se produce una refuncionalización de dicho sector en razón de las necesidades de desarrollo del capital monopólico. De todas maneras llega un momento, que es el actual, en el que la dimensión del sector estatal aparece como demasiado abultada frente a la órbita privada, lo que origina toda una serie de presiones de ésta en favor de un proceso de privatización.

En fin, la implantación del capitalismo monopolista de Estado va acompañada por lo general de una drástica reducción de los llamados gastos sociales, cosa que en el límite adquiere el carácter de un verdadero desmantelamiento del Estado <<benefactor>>. La economía se privatiza también por este lado, y a menos en los países donde el nuevo modelo económico tiene grandes dificultades en <<despegar>>, a pesar de todo el reordenamiento operado, ello tiende a producir dos efectos:

- a.- Una reducción todavía mayor de los salarios reales.
- b.- Una desocupación creciente en el seno de las capas medias tradicionales, que por regla general son las mantenedoras de los servicios asistenciales, educativos, etcétera. Por este lado hay también una especie de redistribución regresiva del ingreso.

X

Lo expuesto hasta aquí permite comprender por qué el Estado latinoamericano posee un desarrollo histórico particular, en la medida en que la acumulación de contradicciones de la <<sociedad civil>> determina una correlativa acumulación de tareas <<reguladoras>> para la instancia política, que en última instancia sólo puede asegurar la reproducción ampliada del sistema recurriendo a una dosis extremadamente grande de autoritarismo.

En la fase actual, la implantación del capitalismo monopolista de Estado tampoco podía llevarse a cabo de manera democrática, aunque sólo fuese por el hecho de que la reorganización social que para ello ha tenido que operarse ha implicado no una atenuación de las contradicciones de clase, sino más bien su extrema exasperación. Además, claro está, de que la transnacionalización de los sectores de punta de nuestras economías, y por lo tanto su modernización, no supone un proceso de homogeneización de la sociedad latinoamericana toda, sino al contrario, la acentuación de su heterogeneidad. Por más que en el curso de esta etapa se hayan creado algunos eslabones relativamente fuertes, el área en su conjunto sigue siendo un eslabón débil de la cadena imperialista.

Todo esto crea para América Latina una situación muy particular. De una parte, enerva la aparente consistencia de los regímenes totalitarios, que están lejos de lograr consolidar un real apoyo de masas; superado el momento más duro de la represión, el movimiento popular reaparece con vigor en la escena histórica, aunque no sin dificultad de adaptación a las nuevas condiciones de lucha y a los mismo perfiles de la estructura de clase que el desarrollo capitalista, en muchos puntos impetuoso, ha forjado. De otra parte, los sectores más <<visionarios>> de la clase dominante intentan <<adelantarse>> a los acontecimientos y

evitar <<lo peor>>, flexibilizando hasta donde les sea posible sus autoritarias estructuras de dominación. Pero estas estructuras tienen sus límites de elasticidad, en los que una política como la de los <<derechos humanos>> de Carter o un anhelo como el socialdemócrata, de trasplantar la dulce hegemonía burguesa del <<centro>> hacia la <<periferia>>, chocan en general con la lógica implacable de la acumulación de capital en estas áreas, donde el capitalismo no puede desarrollarse de otra manera que sobre la base de condiciones históricas ya dadas, imposibles de modificarse de la noche a la mañana, a voluntad.

Se busca, de todas maneras, una fórmula de <<democracia viable>>, que sirva de válvula de escape de las contradicciones acumuladas, a la vez que, por su parte, el movimiento popular trata de crear espacios democráticos cada vez más amplios, a través de los cuales la lucha de clases pueda abrirse campo. La cuestión de la democracia se pone de esta suerte a la orden del día como encrucijada en la que se cruzan muchos caminos, incluidos el que conduce al socialismo. Porque la historia, recordémoslo, hoy como antaño sigue avanzando por el <<lado malo>>, es decir, por los eslabones débiles del sistema. La cadena imperialista no se ha roto (ni se romperá próximamente) en Estados Unidos o Alemania Federal, y ni siquiera en Francia o Italia, donde los avances <<teóricos>> parecen ser el sucedáneo, antes que la expresión de una transformación revolucionaria *ad portas*, sino que seguirá rompiéndose en puntos comparables a Vietnam, Laos, Camboya, Angola, Etiopía o Nicaragua.

(Tomado de *Problemas del Desarrollo*, revista del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM., No. 42, Mayo-julio de 1980)

La política económica del fascismo

La forma de control político actualmente vigente en el cono sur de América Latina, no es más que una modalidad específica de la dictadura terrorista que el capital monopolístico implanta en determinadas circunstancias históricas. Se trata, por lo tanto, de una fórmula de dominación fascista, adaptada a la necesidad imperialista de asumir el control omnímodo de los países dependientes, con el fin de extraer de ellos la mayor cantidad posible de excedente económico. Esto último se realiza a través de una serie de mecanismos que en conjunto configuran la política económica del fascismo, cuyas líneas más generales intentaré esbozar aquí. Antes de hacerlo, solo quisiera advertir que ningún de los procesos a que me referiré es ajeno al desarrollo global del capitalismo, sobre todo una exacerbación de tendencias por doquier manifiestas, pero que en el caso de los países fascistizados se realiza plena y brutalmente, en virtud del sistema mismo de dominación allí imperante. Es pues una cuestión de magnitud, o sea de acentuación cuantitativa del cambio producido en la forma de dictadura de la burguesía. Analizaré someramente seis puntos, que son: desnacionalización de la economía; desmantelamiento del sector capitalista (no monopolístico) de estado; pauperización absoluta de la clase obrera; cancelación del estado “benefactor”; centralización de capital y transformación promonopolítica del agro.

1.- Desnacionalización de la economía

En la década pasada, el caso más notable de desnacionalización de una economía latinoamericana fue sin duda el del Brasil, que no por azar fue también el primer experimento político de índole propiamente fascistizante. En 1972, los consorcios transnacionales controlaban el 72.3% del capital, más reservas, de las diez empresas más importantes del sector de producción de bienes de capital, el 78.3% en el sector de bienes de consumo durable y el 53.4% en el de bienes de consumo no durable. (1) Y hay que precisar que en este caso se trató de una desnacionalización en el sentido más estricto del término, ya que, como se reconoce en un informe presentado ante el Congreso de los Estados Unidos, “una tercera parte de las transnacionales entraron al mercado brasileño por la vía de la adquisición (de empresas ya instaladas) y la toma de empresas criollas se tornó en el modelo de su ingreso o su expansión”. (2)

Cabe destacar, además, que el capital imperialista se instaló en los sectores de más alta rentabilidad de la economía brasileña, como lo prueba el dato siguiente: si se toma como medida el patrimonio neto, se tiene que 28 de las 100 mayores empresas de Brasil eran extranjeras en 1972; pero si se toma como medida la ganancia neta, ya no aparecen 28 sino 38 empresas extranjeras entre las 100 más importantes del país en ese mismo año. (3)

Las tasas de ganancias obtenidas por el capital norteamericano en el Brasil demuestran, por lo demás, la clara ventaja “comparativa” del fascismo para los monopolios extranjeros. En 1971, por ejemplo, aquel capital obtuvo una tasa de 14.3% en Brasil, contra 12.3% en Colombia; 13.4% en Venezuela, 11.9% en Perú, 8% en México y 6.6% en Argentina; en 1972 su tasa de ganancia se elevó al 18.1% en Brasil mientras que en Colombia fue de 12.5%, en Venezuela de 14.5%, en Perú de 12.1% en México del 11.9% y en Argentina de 4.7%. (4)

No disponemos de cifras globales que permitan evaluar las tasas de ganancias posteriores a 1972, pero todo parece indicar que están lejos de haber decrecido. Por el contrario, hay datos que hacen suponer un fuerte incremento, incluso mediante actividades puramente especulativas como la del denominado *open market*. La propia revista *Visión* informa que en Brasil: “las ganancias en el mercado abierto son igualmente fantásticas. Ya en 1973 la Ford mostraba en su balance una parte de utilidades no operacionales, o sea, de aplicaciones financieras, y de ese 40%, la mayor parte provenía sin duda del mercado abierto. La Fiat, al igual que la Ford, ganó dinero incluso antes de producir el primer automóvil en el país”. (5)

Ahora bien, lo que interesa recalcar es que este modelo de desnacionalización que se implantó hace poco más de una década en el Brasil, es el que sirve de pauta a los regímenes fascistas posteriormente instalados en Chile, Uruguay y la Argentina. Inútil reproducir aquí los datos que se tienen al respecto gracias a estudios como el de Pedro Vuskovic en: *Chile, balance trágico de tres años de dictadura fascista*, (6) el de la Convención Nacional de Trabajadores sobre *La actual situación económica del Uruguay*, (7) o -confesión de parte- las propias declaraciones del ministro Martínez de Hoz para la Argentina. En este último caso se ha llegado incluso a formular la tesis de que es menester sustituir el viejo “nacionalismo de medios” por un “nacionalismo de fines”, que consistiría en entregar el país entero al capital imperialista para que se encargue de “desarrollarlo”. (8)

2.- Desmantelamiento del capitalismo (no monopolístico) de Estado

Hay además una tendencia nueva en el proceso de desnacionalización sobre la que cabe concentrar nuestra atención: me refiero al desmantelamiento del viejo capitalismo monopolista de estado en sentido estricto.

En términos empíricos el hecho de la desestatización de economías como la chilena, argentina y uruguayana no deja lugar a dudas; cualquiera puede comprobarlo con sólo seguir atentamente las noticias que a diario aparecen en la prensa. Y tampoco cabe duda de que este proceso de desestatización sea virtualmente sinónimo de una desnacionalización; la mayor parte de las empresas privatizadas terminan por caer en manos del capital monopólico transnacional que de este modo asume un control creciente de todos los sectores claves de la economía latinoamericana.

En términos teóricos esto significa la cancelación de la tendencia relativamente autonomista manifestada por las burguesías locales en la fase anterior, tendencia que cristalizó en la conformación de un sector capitalista de estado de orientación en gran medida antimonopólica. Como se señala en el libro *Capitalismo monopolista de estado*, este movimiento autonomista consistió “en apoyarse sobre el movimiento antimperialista de las masas, en utilizar ese movimiento popular para ‘negociar’ las mejores condiciones de retribución en el cuadro del imperialismo, por ejemplo, organizando el capitalismo de estado (que no debe confundirse con el capitalismo monopolista de estado) en su beneficio y montando negocios en el cuadro del capital mixto”. (9)

Es esta expresión histórica peculiar de una fase de desarrollo de los países dependientes la que está siendo desmantelada en las áreas fascistizadas de América Latina, junto con los sectores de propiedad social creados con sentido mucho más avanzado, como es el caso del que se construyó durante el gobierno de la Unidad Popular chilena.

En el caso brasileño la cuestión es ciertamente más compleja. Tanto el hecho de que su “milagro” haya despegado antes de que el capitalismo mundial entrara en franca crisis como la

circunstancia de que ese país haya adquirido el estatuto de “aliado privilegiado”, ha permitido que aquí no ocurriera un proceso de dismantelamiento brutal del sector de economía estatal conformado en el período prefascista. Pero hay una evidente refuncionalización de tal sector, ahora convertido en simple soporte del capital transnacional. Tal como lo explicó el embajador brasileño en Washington, João Baptista Pinheiro, “el papel pionero del gobierno” consiste en mantener a su cargo “las industrias que producen bajo rendimiento de capital”. (10)

Sea por la vía del dismantelamiento del antiguo capitalismo de estado, sea mediante su reconversión, el hecho es que el fascismo contribuye a la rápida y plena instauración de un real capitalismo monopolista de estado al fundir -como decía Lenin- en un solo mecanismo la fuerza gigantescas del capital monopólico con la fuerza gigantesca del estado a su servicio. Lo cual produce, naturalmente, consecuencias muy específicas en los países subdesarrollados.

3.- Pauperización absoluta de la clase obrera

La desnacionalización de las economías latinoamericanas no es un fin en sí, sino un medio para la extracción de superganancias, obtenidas a costa de una depauperación absoluta de la clase obrera. En las áreas fascistizadas este proceso llega a límites inimaginables, como lo prueban las fuentes de información más diversas.

Con respecto al Brasil, la revista *Visión*, poco sospechosa de izquierdismo, afirma lo siguiente en su edición de 1 de agosto de 1976:

“Lo que no es reversible a corto tiempo, sin comprometer el crecimiento, es la profunda injusticia de la distribución de la

renta interna. Por efectos del mismo modelo, el 20 por ciento de la población, la que integra los estratos de superiores ingresos, recibe el 68.5%, mientras los estratos medios sólo acceden al 28.5%. Los grupos bajos sólo disponen del 3% de su poder adquisitiva a partir de 1963. Según la Organización Mundial de la Salud, más de 50 millones de brasileños (algo menos de la mitad de la población) están desnutridos o subnutridos y cerca del 48% de las muertes infantiles son causadas por déficit en la alimentación”. (11)

A lo que cabe añadir un pequeño comentario: si la pauperización absoluta de los trabajadores brasileños fue de 37% en el lapso indicado, es fácil calcular la magnitud de su empobrecimiento relativo, infinitamente mayor puesto que durante dicho período la economía del Brasil creció a un ritmo bastante acelerado. Entre 1961 y 1973, por ejemplo, el salario mínimo real decreció en un 55%, al mismo tiempo que el producto bruto real per cápita aumentó en un 58%. (12)

“Un ejecutivo de los mejor remunerados recibe 44 dólares por hora, o sea, tanto como lo que un trabajador de las regiones menos desarrolladas gana por 25 jornadas de ocho horas de trabajo. Según la encuesta de la *Hay do Brasil Consultores*, los gerentes de las grandes firmas reciben en el mismo periodo 55 000 dólares”. (13)

En cuanto a la situación de los trabajadores argentinos, tampoco resulta difícil apreciarla con base en datos de la misma revista *Visión*. No sin encomios, ésta comenta que:

“Martínez de Hoz ha estado sosteniendo una enérgica política antiinflacionaria basada en la imposición de sacrificios a la población. La cuota de los asalariados en este esfuerzo ha sido muy grande. Se calcula que, a pesar de dos moderados reajustes generales de salarios aplicados en el curso de los últimos seis

meses, el ingreso real de los trabajadores ha tenido una caída de más de un 43 por ciento”. (14)

Esta situación afecta aun a trabajadores calificados, que bajo la dominación fascista se han ubicado entre los peor remunerados del mundo:

“Con un salario bruto anual que oscila entre los mil cuatrocientos y los 4 mil dólares anuales, los obreros calificados de Argentina se encuentran entre los peores pagados del mundo, según un informe de la Unión de Bancos Suizos. El estudio de la entidad bancaria suiza, que fue publicado en los diarios de Argentina, asegura que únicamente reciben una remuneración similar los obreros especializados de Manila, Bogotá, Singapur, Lisboa, Rio de Janeiro y Teherán. En lo que se refiere a la Argentina, la estadística tiene un carácter coyuntural, ya que en este país el nivel tradicional de las remuneraciones ha sido alto.” (15)

Para Uruguay el estudio realizado por la Convención Nacional de Trabajadores señala que el salario real de 1975 representó el 48.5% del de 1968, dato que puede actualizarse añadiendo que en el primer semestre de 1976 dicho salario sufrió una merma adicional del 8%. (16)

En Chile, con el gobierno de la Unidad Popular, empleados y obreros recibían el 62.9% del ingreso nacional total y los sectores propietarios el 37.1%, en 1972; dos años más tarde, el régimen de Pinochet había trastocado completamente la situación: 61.8% para los sectores propietarios, 38.2% para empleados y obreros. (17) Puede estimarse que en la actualidad el poder adquisitivo real de los trabajadores chilenos representa menos de la mitad de lo que fue en enero de 1973.

Es posible afirmar entonces, sin mayor riesgo de error, que procesos de pauperización como los del cono sur solo tienen pa-

rangón con los ocurridos en la fase de acumulación originaria del capital. En su etapa de declive el capitalismo vuelve a cometer depredaciones similares a las de su etapa de gestación, en un desesperado esfuerzo por compensar, a costa de nuestros pueblos, el desplome de la tasa de ganancia a nivel mundial. En efecto, las utilidades de las corporaciones transnacionales con asiento en los Estados Unidos, por ejemplo, declinaron en un 6% entre el primer semestre de 1973 y el segundo trimestre de 1976, pese al pasajero repunte ocurrido en el segundo semestre de 1975. (18)

Resulta evidente, por los demás, que un proceso de pauperización de las masas como el señalado solo puede llevarse a cabo con apoyo de brutales formas de coacción extraeconómica, que el fascismo precisamente se encarga de aplicar. Por lo tanto, este no es otra cosa que el correlato político de la explotación imperialista llevada a su máximo rigor.

4.- Cancelación del Estado “Benefactor”

Países como Uruguay, Chile y Argentina podían ufanarse hasta hace poco de registrar los niveles educativos más elevados de América Latina y poseer un sistema de prestaciones sociales que en muchos aspectos no parecía pedir favor al de los países más avanzados del mundo capitalista. El propio estado aparecía allí como una instancia de dominación atenuada, que de alguna manera había incorporado a su ser la necesidad de legitimarse gestando ciertos niveles de bienestar a través de la ampliación de la educación, la atención a la salud, la construcción de vivienda popular, etc. La prestación de este tipo de servicios era, por lo demás, una fuente generadora de ocupación y, para los sectores medios en particular, un mecanismo relativamente idóneo de redistribución del ingreso nacional. La tan socorrida “movilidad social” que de esto se derivaba era señalada a menudo como uno de los rasgos característicos de una configuración democrática, en contraste con la rígida estratificación de la sociedad oligárquica.

El fascismo se ha encargado de cancelar totalmente este esquema, levantando sobre sus ruinas la estructura de un estado típicamente gendarme. El solo análisis del presupuesto argentino revela de manera inequívoca esta situación. En 1976, dicho presupuesto dedica el 22% de sus recursos al sector de “defensa y seguridad”, que así deviene el rubro de mayor importancia. Le sigue en orden de magnitud la parte destinada al servicio de la deuda pública que por sí solo absorbe el 19.4% del presupuesto, con lo cual totalizamos ya un 41.4% del gasto total.

En contraste con el abultamiento de estas partidas consagradas al incremento de la represión y el pago de la cuenta de la dependencia, está el raquitismo de los rubros correspondientes a los gastos denominados sociales. Las partidas dedicadas a la cultura y la educación apenas representan el 7.1% del presupuesto, magnitud dos y media veces menor que la registrada en 1974 y tres y media veces por debajo del mínimo de un 25% recomendado por UNESCO para que nuestros países se desarrollen en este plano. Ese 7.1% establece además una verdadera marca en la historia de Argentina contemporánea, ya que las asignaciones para tales efectos nunca fueron inferiores, hasta ahora, al 10% del presupuesto global. En cuanto al rubro del bienestar social, descendió del 12.5% en 1975 al 9.8% en 1976, en perjuicio de los programas de vivienda y seguridad social (jubilaciones y pensiones), que no parecen constituir la preocupación principal de los regímenes fascistas. (19)

En el Uruguay se dedica actualmente cerca de la mitad del presupuesto al mantenimiento del aparato represivo, que hasta 1967 consumía únicamente el 8.6%; las partidas dedicadas a la enseñanza se redujeron en cambio del 27% en 1967 al 18% en 1974 y a un porcentaje con seguridad menor en el momento presente. (20) En Chile, el porcentaje del presupuesto consagrado a la educación fue de apenas el 6.9 en 1976. (21)

Esta política de supresión de los “gastos improductivos”, como suelen llamar los defensores del capital monopólico, afecta como es natural al conjunto de la población que no puede sustituir los servicios sociales que le proporcionaba el estado por servicios de carácter privado. En Chile, el mismo diario *El Mercurio* ha reconocido que “ningún asalariado está en estos momentos en condiciones de financiar una visita médica”, en circunstancias en que la política del shock económico ideada por el ministro de hacienda de la junta militar, Jorge Cauas, redujo a cero el presupuesto del servicio de seguro social y el servicio nacional de los empleados, obreros y profesionales, quienes disponían allí de asistencia médica y medicinas gratuitas”. (22)

Además, esta política ha significado el despido de cientos de miles de trabajadores del sector público, con el consiguiente impacto masivo en los hogares de la denominada clase media. La antigua “movilidad ascendente” se ha convertido así en movimiento hacia la cesantía y la “austeridad”, con lo cual las capas más viejas de América Latina están contribuyendo a la acumulación imperialista en escala mundial. El día 20 de diciembre de 1976, el diario *Clarín* de Buenos Aires, por ejemplo, anunciaba que en los próximos meses el gobierno militar despediría a 300 mil de sus empleados por decisión del Ministerio de Economía; ocho días más tarde, Tucapel Jiménez, presidente de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales de Chile, afirmaba que los funcionarios del estado “han aportado el mayor sacrificio en aras de la recuperación económica” y solicitaba al gobierno de Pinochet poner fin “a esta etapa de angustia y sacrificios”. Terminaba diciendo: “A un trabajador le es imposible enviar a un hijo a la universidad. La matrícula subió a más de cuatro mil pesos (aproximadamente 300 dólares) ¿Quién podrá en nuestro sector cancelarla? Si nuestra clase media no podrá hacerlo, nos preguntamos: ¿podrá hacerlo la gente de un nivel económico más bajo?”. (23)

Si al instalarse con una elevada composición orgánica el capital monopolístico suma a la depauperación una mayor desocupación laboral, al exigir una política complementaria de todo “gasto improductivo” por parte del estado determina la extensión de esos fenómenos a un ámbito que va bastante más allá de los sectores propiamente proletarios, pauperizando y condenando a la desocupación a las capas medias.

5.- Centralización de capital: efectos sobre los sectores pequeño-burgueses y burgueses no monopolísticos

La desnacionalización de las economías latinoamericanas y su ocupación por el capital imperialista suponen, como es natural, un fuerte proceso de centralización del capital, facilitado por dos hechos: la depresión por la que atraviesan economías como la chilena, la uruguaya y la argentina (en menor medida la brasileña), y la política absolutamente “liberal” aplicada por los discípulos de Friedman. Con respecto a esto último no cabe olvidar que la política económica del fascismo está explícitamente encaminada a desencadenar un proceso de “selección natural” en el que sólo sobreviven los estratos empresariales “internacionalmente competitivos”, es decir, la reducida franja burguesa local que logra integrarse a la esfera monopolística.

No disponemos de datos suficientes para evaluar con precisión los efectos de la centralización de capital en el cono sur, pero a través de algunas noticias aparecidas en la prensa mexicana es posible formarse una idea de la medida en que ello ha afectado a la pequeña y mediana burguesía chilena, por ejemplo. Así sabemos que en 1975 quebraron más de 200 empresas no monopolísticas y 45 más en los primeros meses de 1976; (24) en septiembre de este año, el presidente de la Confederación de la Mediana y Pequeña Industria y Artesanado se quejaba de las tasas de interés usurarias que les ha aplicado la CORFO y concluía:

“Esta situación es muy grave por cuanto existen empresarios que estarían dispuestos a devolver las maquinarias y equipos adquiridos, pese a haber cancelado ya el 70% de su valor, al no poder hacer frente a las altas tasas...”. (25)

En noviembre, el presidente de la Federación de Trabajadores del Comercio e Industria señalaba el cierre de importantes casas comerciales de Santiago, como “A la Ville de Nice”, “John York”, “Peñalba” y “Casa García”, y añadía: “sin nombrar las tiendas medianas y pequeñas que han cerrado”. (26) Efectivamente, basta tomar en cuenta la tasa elevada de desocupación de los “trabajadores por cuenta propia” para comprobar la quiebra de varios miles de pequeños comerciantes y artesanos.

En fin, resulta significativo recordar que el propio L. Villarín, presidente de la Confederación de Dueños de Camiones, el famoso gremio antiallendista, no ha dejado de quejarse últimamente de las “aflictivas situación socioeconómica” por la que atraviesan sus representados. Según sus palabras “Casi ya no quedan puertas que golpear para acudir en búsqueda de ayuda”. (27)

Si en algún lugar los sectores de la pequeña y mediana burguesía desempeñaron el papel de aprendices de brujo, ese lugar es sin duda Chile. Ubicado en una perspectiva de desarrollo nacional autónomo, el gobierno de la Unidad Popular podía ayudar realmente a estos sectores; cien por ciento enfeudado al capital imperialista, el régimen de Pinochet no puede más que crear las condiciones de su progresiva aniquilación.

6.- *Transformación promonopólica del agro*

Los asalariados del campo, o sea el proletario rural propiamente dicho, esta naturalmente sujeto al mismo proceso de pauperización de la clase obrera en su conjunto. Pero el fascismo

adquiere una significación especial para los campesinos parcelarios, en la medida en que implica un inexorable *retour en arriere* en aquellas situaciones en que había el antecedente de una reforma agraria verdadera. En Chile, hasta el 31 de octubre de 1975, el régimen de Pinochet había ya devuelto cerca de 2 y medio millones de hectáreas a los latifundistas, (28) al mismo tiempo en que la “libre competencia” se encargaba de hacer el resto.

Un cable de Santiago, por ejemplo, informa que:

“Numerosos campesinos han vendido sus pequeñas propiedades a particulares, por carecer de medios económicos para explotarlos, de ayuda técnica, y por los créditos caros que se les ofrecen. Esta realidad ha originado un paulatino retorno al latifundismo.” (29)

Este *retour en arriere*, que es tal en la medida en que cancela la vía democrática de desarrollo rural, no implica sin embargo, una suspensión del desarrollo del capitalismo en el agro. Quiere decir, sencillamente, que se crean condiciones necesarias para que ese capitalismo avance, aquí también, bajo la égida del capital monopólico.

El ejemplo del Brasil no deja dudas al respecto. “Se ha informado –escribe el investigador Ernst Feder– con base a una encuesta parlamentaria realizada en Brasil, que después del golpe militar de 1964, los inversionistas norteamericanos han comprado de 32 a 35 millones de tierra agrícola en 7 u 8 estados agrícolas de Brasil; la superficie media de tales adquisiciones es de unas 400 mil hectáreas. Esto implica que cerca del 10% del total de la tierra agrícola del Brasil está bajo la propiedad y el control directo de extranjeros, y ese control tiene obviamente consecuencias económicas y políticas de largo alcance que no necesitamos subrayar aquí”. (30)

Y otro estudioso de los problemas agrarios, Alberto Passos Guimarães, demuestra con apoyo de infinidad de datos cómo el desarrollo del campo brasileño está completamente supeditado a los requerimientos de los complejos agroindustriales de propiedad transnacional. Frente al auge de éstos y a sus superganancias, hay hacendados con predios mayores de 300 hectáreas que apenas perciben un ingreso anual equivalente a la mitad de lo que les correspondería a título salario mínimo regional. “El aspecto nuevo emerge de estas investigaciones –concluye Guimarães– es el de que la pobreza rural ha dejado de ser una peculiaridad exclusiva de las masas campesinas y asalariadas, pues alcanza ya a una parcela importante de agricultores empresarios de no pequeño tamaño”. (31)

En el agro también el fascismo sabe imponer, impecablemente, cierto modelo de desarrollo.

Notas.-

- (1) Cf. Álvaro Briones. “El neofascismo en América Latina”, rev. *Problemas del desarrollo*, año VI, no. 23, México, agosto-octubre de 1975, pp. 36-37.
- (2) Cable de A.P. *El día*, México, 24 de octubre de 1975.
- (3) *Estudios Cebrap*, no. 8, Sao Paulo, 1975.
- (4) Cf. Paul Singer. “A economía brasileira depois de 1964”, rev. *Debate & crítica*, no. 4. Sao Paulo, noviembre, 1974, p.8.
- (5) *Visión*. Vol. 47, no. 10. 1 de noviembre, 1976. p. 36.
- (6) *El día*, México, 10 y 11 de septiembre, 1976.
- (7) En Rev. *Crisis*. no. 29. Buenos Aires.

- (8) Cf. por ejemplo el artículo “Revisión de una política”, *Visión*. Vol. 47. no.5, 15 de agosto, 1976.
- (9) Varios autores. Ediciones de cultura popular. t. 2; México 1972, p. 160.
- (10) Cf. “Campaña brasileña en E.U. para captar inversiones”. Cable de AP. *El sol de México*, 20 de octubre, 1976.
- (11) *Visión*. Vol. 47, no. 4, p.13.
- (12) Cf. R. Schilling. “El salario de los obreros en Brasil descien- de con el correr de los años”. Análisis de PL. *El día*, México, 17 de mayo, 1976.
- (13) Cf. R. Schilling. “El modelo de crecimiento brasileño ha propiciado una desproporción de 1 a 200 en el sistema sa- larial”. *Excélsior*, México, 11 de febrero, 1977.
- (14) *Visión*. Vol. 47, no. 9, 15 de octubre, 1976, p. 16.
- (15) Cable de AFP y EFE. *El día*, México, 21 de diciembre, 1976.
- (16) Informe ya citado de la CNT y cable de Prensa Latina. *El día*. México 21 de diciembre, 1976.
- (17) Cf. Orlando Letelier. “El impresionante precio de la liber- tad económica”. La cultura en México, suplemento de la rev. *Siempre*/México, 23 de noviembre, 1976.
- (18) Datos tomados de John O’Riley. The Wall Street Journal. *El sol de México*, 1 de diciembre, 1976.
- (19) Basados en datos de IPS. *Excélsior*, México, 6 de noviembre, 1976.
- (20) *Excélsior*, México, 21 de mayo, 1976.

- (21) Cf. “El presupuesto fiscal chileno para 1977, el más bajo de la década”. *Excélsior*, México 18 de diciembre, 1976.
- (22) *El día*, México, 29 de diciembre, 1975.
- (23) Cf. “Empleados chilenos muy perjudicados”. Cable de IPS. *Excélsior*. México, 29 de diciembre, 1976.
- (24) *Excélsior*, México, 19 de octubre, 1976.
- (25) *Excélsior*, México, 29 de septiembre, 1976.
- (26) *Excélsior*, México, 5 de noviembre, 1976.
- (27) Cf. “Alivio a su aflictiva situación piden los camioneros chilenos que colaboraron a derrocar a Salvador Allende”. Cable de ANSA. *Excélsior*. México, 4 de mayo, 1977.
- (28) Cf. Casa de Chile: *Resumen estadístico de la coyuntura económica chilena*. México, agosto, 1976.
- (29) *Excélsior*. México, 27 de noviembre de 1976.
- (30) “La nueva penetración en la agricultura de los países subdesarrollados por los países industriales y sus empresas multinacionales”. *El día*, México, 25 y 26 de febrero, 1977.
- (31) “O complejo agroindustrial no Brasil”. *Opinao*. Semanario brasileño. *Le Monde*, 5 de noviembre, 1976.

(Ponencia presentada en el seminario sobre “El control político en el Cono Sur de América Latina”. México, diciembre, 1976. Primera edición con el título de “Fascismo y economía en América Latina” en la revista *Controversia*. Guadalajara, Año I, no. 2, febrero-abril de 1977).

La “remodelación” fascista de la sociedad

I

Dado el curso seguido por la discusión concerniente al fascismo en América Latina, me parece necesario comenzar por dos observaciones de orden general, íntimamente relacionadas entre sí: *la primera* consiste en subrayar que -al menos en mi opinión- la caracterización de los regímenes del Cono Sur como fascistas (o en su defecto como no fascistas) está lejos de constituir una fórmula mágica capaz de “revelar” cuál es la línea política concreta a seguir frente a este tipo de regímenes; *la segunda* observación se refiere al hecho, a menudo olvidado, de que el concepto de fascismo no cierra en modo alguno, las posibilidades de análisis de cada situación nacional, con todas las determinaciones y peculiaridades específicas que puedan presentar. Al menos en la perspectiva marxista la categoría de fascismo es una categoría abierta a la historicidad, como lo demuestra este pasaje ya clásico de Dimitrov, que en razón de su misma apertura pareciera anticipar el desarrollo de algunos de los procesos ocurridos en el área latinoamericana:

“El desarrollo del fascismo y la propia dictadura fascista -escribió Dimitrov en 1935- adoptan en los distintos países *formas diferentes*, según las condiciones históricas, sociales y económicas, las particularidades nacionales y la posición interna-

cional de cada país. En unos países, principalmente allí donde el fascismo no cuenta con una amplia base de masas, y donde la lucha entre los distintos grupos en el campo de la propia burguesía fascista es bastante dura, el fascismo no se decide a acabar inmediatamente con el parlamento, y permite a los demás partidos burgueses, así como a la socialdemocracia, cierta legalidad. En otros países, donde la burguesía dominante teme el próximo estallido de la revolución, el fascismo establece su monopolio político ilimitado, bien de golpe y porrazo, bien intensificando cada vez más el terror y el ajuste de cuentas con todos los partidos y agrupaciones rivales, lo cual no excluye que en el momento en que se agudiza de un modo especial su situación, intente extender su base para combinar -sin alterar su carácter de clase- la dictadura terrorista abierta con una burda falsificación del parlamentarismo”. (1)

Es sólo un ejemplo destinado a mostrar, de una parte, que muchas de las “originalidades” del fascismo latinoamericano no son necesariamente tales, y, de otra parte, que la caracterización de determinados regímenes como fascistas de ninguna manera da por concluida la investigación, sino que más bien constituye en cierto nivel su punto de partida.

Por lo demás, creo que no es superfluo recordar aquí la igualmente clásica observación de Marx en el sentido de que las formas concretas del Estado “cambian con las fronteras de cada país”:

“La ‘sociedad actual’ -escribe Marx en 1875- es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por las particularidades del desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por lo contrario, el ‘Estado actual’ cambia con las fronteras de cada país”. (2)

No pretendo entrar a desentrañar aquí las profundas implicaciones teóricas de este texto, que más adelante insiste en la “abigarrada diversidad” de formas que asume el Estado capitalista; (3) pero sí quiero destacar que el nivel mismo de concreción que forzosamente subyace en cada realidad estatal nos obliga a manejarnos en este terreno con la mayor cautela, sin perjuicio de que en cierto plano de generalización (de cuyas limitaciones hay que tener conciencia) podamos caracterizar a determinados regímenes o formas de Estado como fascistas.

En lo personal me inclino a caracterizar de esta manera a regímenes como los del Cono Sur de América Latina, tomando en consideración que representan la implantación de una dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios del capital monopólico, ejercida en contra de la clase obrera y el sector revolucionario de los campesinos y los intelectuales. A partir de esta conceptualización, que para mí tiene la ventaja de poner en claro lo esencial, o sea el contenido de clase y la forma de ejercicio de la dominación, (4) es enteramente legítimo y necesario indagar las especificidades del fascismo latinoamericano.

II

Una cuestión fundamental para ubicar el actual fenómeno fascista en un contexto más amplio, consiste en recordar que la representación leninista del sistema capitalista imperialista como una “cadena” compuesta de eslabones de diverso “espesor” sigue siendo plenamente válida en el momento presente. Se trata, en última instancia, de una representación que permite comprender el desarrollo desigual del capitalismo a nivel mundial, no de una manera mecánica y simplista (países ricos y países pobres o algo parecido), sino como un proceso de desarrollo heterogéneo de un cierto número de contradicciones que no necesariamente “maduran” más en los puntos más avanzados en términos de desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario,

en la concepción de Lenin esta “maduración” ocurre más bien en los “eslabones débiles” del sistema, o sea en aquellas áreas en las que una confluencia de factores históricos determina una acumulación y agudización muy particular de contradicciones. No me propongo desarrollar aquí mayormente esta representación del problema,(5) sino sólo registrar el hecho de que América Latina constituye, a *grosso modo*, uno de esos “eslabones débiles” por su misma condición de región subdesarrollada y dependiente. Más aún, estoy convencido de que la peculiar problemática del Estado latinoamericano en el último siglo sólo puede comprenderse científicamente a partir de esta perspectiva leninista, que, por razones obvias, me limito sólo a señalar como línea de investigación.

De todas maneras resulta claro que la crisis del mundo capitalista iniciada hace una década ha involucrado como es natural, a todos los países que viven bajo este sistema, mas *no de manera homogénea*. En Europa occidental, por ejemplo, la crisis es evidente, pero por tratarse de un “eslabón fuerte” el sistema cuenta allí con suficientes “reservas” como para paliar sus efectos, incluso de orden político, a tal punto que la misma dominación burguesa puede seguir presentándose (internamente) bajo la forma de una “hegemonía” que cuando más parece dejar espacio a respuestas democratizantes, pero no revolucionarias.

Distinto es el caso de las zonas “periféricas” donde la acumulación de contradicciones exasperada por la crisis tiende a crear verdaderas situaciones de ruptura, acentuando simultáneamente las posibilidades revolucionarias (que efectivamente se han hecho realidad en Vietnam, Laos, Angola, Etiopía, etc.) y las posibilidades de una contrarrevolución burguesa como la que ha tenido lugar en vastas regiones de nuestro continente. En este sentido, el fascismo latinoamericano no es más que un efecto del desarrollo desigual de las contradicciones de todo el sistema capitalista imperialista, que incluso ha llevado a una es-

pecie de “desdoblamiento” regional de los componentes básicos de la dominación: coerción y “hegemonía”. Creo, por esto, que antes que hablar de “fuentes externas” del fascismo latinoamericano, hay que ubicarlo como un fenómeno propio de ciertos “eslabones” de la cadena imperialista en un momento de crisis.

Sé muy bien que este primer acercamiento al problema es demasiado general, puesto que deja de lado la cuestión de saber qué condiciones ya más particulares, nacionales e internacionales, del mismo desarrollo económico (y no se diga de la lucha de clases) han determinado que la contrarrevolución burguesa pudiera triunfar, primero, y luego revestir la forma ya concreta de fascismo. En realidad, lo único que aquí busco poner de relieve es el hecho de que el propio ordenamiento del sistema capitalista imperialista genera situaciones en que la articulación y el desarrollo de las contradicciones que le son propias es tal, que la dominación burguesa monopólica sólo puede mantenerse por la vía terrorista, que por lo demás sirve de valiosa palanca extraeconómica para la recomposición de los mecanismos de acumulación de capital, seriamente afectados por la crisis. Por esto, a la guerra política contra los sectores populares que caracteriza primordialmente a la fase inicial de la contrarrevolución burguesa, sigue, en los casos de una real fascistización, una verdadera guerra económica contra las grandes masas trabajadoras. Restablecido el “orden”, se pasa inevitablemente a un proceso de reacondicionamiento del basamento de la “sociedad civil”.

III

No creo que exista un “modelo” económico propiamente fascista, entre otras razones porque la misma categoría de fascismo es una categoría *política*. Pero existe, sí, una política económica del fascismo que deriva de su contenido de clase-política económica del capital monopólico- y de la forma en que ejerce su dominación. Quiero decir con esto último que el terror fas-

cista permite acelerar el cumplimiento de una serie de “tareas” ‘económicas hasta entonces “obstruidas” por determinado nivel de la lucha de clases, a la vez que, en un infernal círculo vicioso, dicho cumplimiento exige el mantenimiento de una buena dosis de terror.

En primer lugar, el fascismo en América Latina acelera y profundiza hasta el límite máximo una fase (prefiero llamarla así antes que hablar de “modelo”) de acumulación de capital basada en la remuneración de la fuerza de trabajo muy por debajo de su valor histórico; o sea un proceso en el que la acumulación pasa a gravitar sobre la pauperización absoluta de las masas trabajadoras. Este proceso no es obviamente privativo de las áreas fascistizadas de nuestro continente, pero sí hay una diferencia de grado, de magnitud: Chile, Uruguay, Argentina y Brasil están ahí para atestiguarlo. ¿Se trata de una “fuente externa” del fascismo, dado que esto tiende, entre otras cosas, a compensar la caída de la tasa de ganancia a nivel internacional? Yo diría que en gran medida es así, a condición de no olvidar que el sector monopolístico nativo del país fascistizado sale también beneficiado de esta situación. Más aún, creo que esto es una cuestión vital para dicho sector.

En segundo lugar, el fascismo permite acelerar los procesos de concentración y sobre todo de centralización del capital en la formación social en que se implanta, reordenar bruscamente la estructura de la producción industrial preexistente e introducir cambios importantes en la composición orgánica de las ramas más “dinámicas”. Expresión de un reordenamiento político del propio bloque burgués, el fascismo opera así un reordenamiento también económico del mismo, como lo veremos más adelante.

En tercer lugar, el fascismo precipita, en forma también brutal y ya sin “barreras” nacionalistas, el proceso de transnacionalización de nuestras economías, entendiéndose por esto no

sólo lo ocurrido en la esfera de la propiedad -sobre la que tanto se ha escrito y no hace falta insistir- sino también en la esfera de la producción estrictamente tal, que pasa a insertarse de manera cada vez más clara dentro de una nueva división internacional del trabajo, de carácter capitalista imperialista. Esta inserción se facilita en la medida en que el fascismo crea rápidamente una “ventaja comparativa” al abatir el precio local de la fuerza de trabajo.

¿Implica esta transnacionalización un “suicidio” de la burguesía nativa o por lo menos una pérdida de su autonomía? Ciertamente no para el sector monopolístico local, cuya autonomía no consiste en la posibilidad de morir con la bandera nacional en la mano, sino en la posibilidad de establecer mejores condiciones relativas de extracción de plusvalía al proletariado.

Finalmente, el fascismo se encarga de reorganizar el mercado interior, no sólo concentrándolo hacia arriba (hecho bien conocido) sino también redefiniendo los patrones de consumo popular. Esta redefinición permite un relativo ensanchamiento de ciertos rubros del consumo (aquellos que interesan directamente al capital monopolístico para su “normal” funcionamiento), a costa, claro está, del deterioro de las condiciones de salud, educación, vivienda, etc., que son los renglones duramente afectados por el proceso de pauperización absoluta de las masas trabajadoras. (6)

IV

En lo que a los factores sociales concierne, quisiera sobre todo insistir en que el fascismo acelera la recomposición del bloque dominante al barrer los “obstáculos” democráticos que en mayor o menor medida venían imponiendo límites al predominio omnímodo de la fracción burguesa monopolística nativa y sus aliados extranjeros. En este sentido creo que conviene poner

bien en claro que el fascismo latinoamericano no se articula en torno a una supuesta “burguesía burocrática” o algo parecido, sino a partir del predominio de la fracción mencionada, que no es más que un componente del capital transnacional. Aquí como en otros casos, son la clase dominante y su fracción hegemónica las que confieren un contenido al Estado y no inversamente; aún si algunos investigadores se empeñan en negar o disolver este contenido bajo fórmulas tan ambiguas como la de “Estado burocrático-autoritario”. (7)

Es, por lo demás, ese predominio clasista el que define el “nuevo carácter” de las dictaduras militares del Cono Sur y permite la configuración del fascismo. Como anota el profesor Eberhardt Hackethal:

“Aun cuando las dictaduras terroristas, las dictaduras militares y la supresión temporal de la democracia burguesa en América Latina siempre significan un elemento del desarrollo político del continente, la dictadura fascista es un fenómeno relativamente nuevo en América Latina. Ni las dictaduras militares de los años veinte y treinta en una serie de países latinoamericanos (Brasil, Chile, Argentina), ni los regímenes dictatoriales semicoloniales de Nicaragua o de la República Dominicana ostentaron un carácter fascista, aún cuando emplearon métodos del fascismo. Estas dictaduras no se apoyaban ni en un grupo monopolista nativo de la burguesía ni eran regímenes alternativos frente al movimiento popular conducido por la clase trabajadora, sino manifestación de la deformación del desarrollo capitalista, de contradicciones al interior de las clases explotadoras y de la dependencia semicolonial de los monopolios estadounidenses”. (8)

Es verdad que el fascismo opera un desplazamiento de ciertos sectores burgueses como eje de articulación de la dominación y que esta tarea se cumple con una fuerte intervención del Estado en todos los órdenes; pero no hay que olvidar que ta-

les sectores son justamente los no monopolísticos, o sea los remanentes de la antigua “burguesía nacional”. En cuanto la fracción monopolística, incluso puede decirse que pasa a “reinar” directamente: Vegh Villegas o Martínez de Hoz son algo más que sus simples emisarios...

La mencionada recomposición del bloque dominante no acaba desde luego con las contradicciones intraburguesas. Estas se aplacan, como es lógico, en el momento ascendente del fascismo, o sea cuando la burguesía como un todo emprende su cruzada contra las masas trabajadoras; pero una vez que la fase de asentamiento del fascismo adviene, luego del triunfo militar de la contrarrevolución, las contradicciones resurgen en diversos planos: burguesía monopolística versus burguesía no monopolística; sectores nativos monopolísticos contra sectores monopolísticos no nativos; fracciones que producen para el mercado interior frente a fracciones que producen sobre todo para el exterior, etc. Son contradicciones por su misma naturaleza secundarias, que no implican un real antagonismo, pero que sin embargo existen.

V

En otro nivel de análisis, aunque estrechamente vinculado con todo lo anterior, parece claro que el fascismo realiza un significativo reordenamiento de la superestructura estatal. ¿Regímenes fascistas o Estados fascistizados? Yo creo, retomando la fórmula de Dimitrov, que la “subida del fascismo al poder no es un simple cambio de un gobierno burgués por otro, sino la sustitución de una forma estatal de la dominación de la clase de la burguesía -la democracia burguesa- por otra, por la dictadura terrorista abierta”. (9) Y no sólo esto. En el caso de América Latina, me parece que el ascenso del fascismo al poder ha significado inequívocamente una vía de consolidación del capitalismo monopolista de Estado, con todo lo que ello supone, incluso como redefinición de las funciones económicas del Estado. No quiero

insistir aquí en lo que ya he señalado tantas veces: reconversión del antiguo capitalismo de Estado (no monopólico), a menudo con fuerte merma del sector de empresas “públicas” (privatización en beneficio del capital monopólico); desmantelamiento del ‘Estado benefactor’; “racionalización” del gasto público; aplicación de una política “liberal” en materia económica, etc.; y parece que el propio proceso de burocratización en el que tanto se insiste es un efecto de la consolidación del capitalismo monopolista de Estado, que no inversamente.

El fascismo opera, además, un reforzamiento del llamado “Estado de seguridad nacional”, etiqueta que esconde el obvio proceso de militarización del Estado latinoamericano, sobre todo en las áreas fascistizadas.

En este punto se impone sin embargo una aclaración. Y es que no creo que este problema pueda situarse en el mismo plano teórico que la discusión sobre el fascismo ni menos aún dar margen para que una categoría reemplace a la otra como sugieren algunos investigadores.(10) El denominado “Estado de seguridad nacional” no es en realidad ninguna forma de Estado, sino una dimensión militar de la lucha de clases que termina por identificar el ámbito de la nación con el espacio controlado por su clase dominante y, más allá de la nación, con el sistema capitalista y con sus sub-bloques. Obviamente no es el TIAR o la existencia de la CONDECA lo que define a los Estados Latinoamericanos, del mismo modo que no es la OTAN la que define el carácter de los Estados de Europa occidental, aunque *en todos estos casos* exista un “Estado de seguridad nacional”, una doctrina, implícita o explícita, de defensa de las fronteras ideológicas”, y una clara dependencia militar con respecto al centro hegemónico del imperialismo, o sea los Estados Unidos.

De suerte que lo que queda por explicar no es el hecho de que el aparato militar se “transnacionalice” *también* en América

Latina ni menos todavía el hecho de que ese aparato se justifique ideológicamente arguyendo razones de “seguridad nacional”: después de todo, los jefes de la OTAN tampoco dicen que están allí para defender los intereses de los monopolios... Lo que hay que explicar es por qué en el primer caso la “seguridad nacional” se acompaña de una militarización interna de corte fascista en determinados países, mientras que en el segundo caso los militares permanecen “normalmente” sólo como garantía en última instancia de la “hegemonía civil” de la burguesía, salvo situaciones de “emergencia” como la del famoso mayo francés, cuando el general De Gaulle movilizó sus “blindés” para recordar a los insurrectos que las “trincheras y fortificaciones” del capital monopolístico no son simplemente metafóricas.

Hechas estas aclaraciones, hay, desde luego, que recalcar que el fascismo sí establece condiciones de reforzamiento del llamado “Estado de seguridad nacional”, o sea de consolidación de los ejércitos latinoamericanos como brazo armado de la burguesía monopolística, en la medida en que al ajustar cuentas en el seno de las respectivas fuerzas armadas consolida a los sectores más reaccionarios de éstas, aniquilando casi por completo las reservas progresistas que en este ámbito podían existir, y que efectivamente existían en Brasil, Uruguay, Chile, Bolivia, etc.

Me parece, sin embargo, que el reforzamiento definitivo de este “Estado de seguridad” no es una cosa tan sencilla ni exenta de problemas. Pese a todas las apariencias en contrario, tal “Estado” tiene más dificultades para consolidarse en el área latinoamericana que en la Europa occidental, por ejemplo. Señalo rápidamente algunas cuestiones: conflictos internacionales que en Europa están prácticamente superados, lo cual permite un funcionamiento “armónico” de la OTAN, en América Latina distan mucho de estarlo; no hay sino que pensar en conflictos fronterizos como los de Chile-Argentina, Bolivia-Perú-Chile, Perú-Ecuador, etc., o recordar -ejemplo este muy reciente- la relativa

parálisis de CONDECA frente al conflicto nicaragüense a raíz de los incidentes internacionales de todos conocidos.

Además hay otros tipos de problemas específicos que han determinado, por ejemplo, el hecho de que Brasil no apoyara el proyecto de creación de la OTAS, o como se llame, entre otras cosas porque el desarrollo del capitalismo en el Brasil requiere de cierta apertura de mercados en África. En fin, quedan todos los problemas derivados del mismo papel superpolítico que han venido desempeñando las fuerzas armadas latinoamericanas, lo cual crea una situación no exenta de ambigüedad: por un lado, la gran fuerza derivada del mismo apoyo brindado por el imperia- lismo; por otro lado, la dificultad de superar ciertos resquebraja- mientos que finalmente obedecen a condiciones internas de las sociedades latinoamericanas. De todas maneras queda abierto un amplio campo para la investigación sobre este problema y creo que aportes como los que se pueden encontrar en el último número de la revista Nueva Política son un gran avance en este sentido. (11)

VI

Paso a considerar brevemente los efectos del fascismo en cuanto se refiere al reordenamiento de la “sociedad civil” latinoamericana en su sentido más amplio.

Primera observación. Los cambios en la economía no pueden dejar de producir sendos cambios en el resto de la “sociedad civil”: Marx decía, con razón, que la primera constituye la osatura de la segunda. Por lo tanto, mal cabe pensar que la etapa postfascista pueda ser un simple retorno, o sea una vuelta a la etapa prefascista. Indudablemente el fascismo ha redefinido muchos perfiles de la constelación social previa, ha creado un nuevo tejido institucional, ha impuesto nuevos referentes ideológico-culturales, ha creado un contexto nuevo de lucha.

Segunda observación. Pese a todas estas modificaciones, tengo la impresión de que el carácter de “eslabón débil” de los países fascistizados está lejos de superarse, incluso en el caso brasileño. Quiero decir con esto que las condiciones no parecen dadas como para que puedan establecerse en esas áreas fórmulas de recambio socialdemócratas más o menos estables, ni como para que puedan florecer en el movimiento obrero ilusiones similares a las del “eurocomunismo” (al menos como tendencia predominante). Y es que, dada la naturaleza misma del sistema capitalista imperialista, creo imposible una homogeneización del mismo; la propia estructuración desigual de sus contradicciones, sumada al crecimiento del socialismo en el mundo, lo condena a moverse políticamente entre los dos puntos extremos que nuestra época dibuja: el de la simple “hegemonía espiritual” y el de la “guerra tibia”.

Tercera observación. Las derrotas que la contrarrevolución fascista ha infligido a las clases populares y a todas las líneas políticas de izquierda, obligan a un serio replanteamiento de las tácticas y estrategias hasta ahora seguidas. Pero este es un problema que no puede resolverse con fórmulas de carácter general, ni menos todavía al margen de los partidos proletarios realmente existentes.

Imprevisible en sus modalidades más concretas, el proceso de desfascistización de América Latina pasará seguramente, a través de múltiples sinuosidades, por una fase de democracia avanzada, que prepare las condiciones de las fases siguientes, de transición al socialismo. Ni una ni otra son tareas fáciles: queda por delante un problema de aglutinación de fuerzas, de organización y dirección política y hay una necesidad, más imperiosa que nunca, de unidad de las corrientes verdaderas democráticas, antimperialistas y revolucionarias, sin la cual será imposible enfrentar exitosamente a un enemigo tan poderoso como el fascismo.

Notas.-

- (1) Jorge Dimitrov, 'La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo'. Selección de trabajos. Ediciones Estudio. Buenos Aires, 1972. pp. 182-183.
- (2) Carlos Marx, 'Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán' \ Obras escogidas. Progreso, Moscú, 1969. p. 349.
- (3) Retomo casi literalmente-la definición de Dimitrov en op. cit., p. 182.
- (4) Que en el caso de América Latina me parecen evidentes» como he tratado de demostrarlo en los ensayos precedentes.
- (5) Sobre la cual L. Althusser ha hecho importantísimas reflexiones en "Contradicción y sobredeterminación". La revolución teórica de Marx. Siglo XXI, México, 1967.
- (6) Para casos como el de Brasil todo esto está plenamente comprobado, cf., por ejemplo, Paul Singer. "Reproducción de la fuerza de trabajo y desarrollo». América Latina: cincuenta años de industrialización. La Red de Jonás, Premia editora, México, 1978.
- (7) Categoría manejada sobre todo por Guillermo O'Donnell, en trabajos como: "Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario" Revista mexicana de sociología, enero-marzo, 1977.
- (8) "Fascismo y lucha antifascista", Nueva política no. 1. México, enero-marzo, 1976, pp. 182-183.

- (9) Op. cit., p. 183.
- (10) «...el Estado de Seguridad Nacional no es asimilable a las categorías clásicas de bonapartismo, fascismo o dictadura militar tradicional, sino que más bien constituya un tipo de Estado de Excepción diferenciable» \ Gerardo Aceituno y Hernán Guerrero. < «Estados Unidos y los estados de seguridad nacional en América del Sur». Testimonios y documentos. *El día*, México, 20 y 21 de marzo, 1978.
- (11) Me refiero a trabajos como los de Gregorio Selser y Daniel Waksman, rev.dt. 5-6, Meneo, abril-septiembre, 1977.

(Tomado de *Teoría Social y Procesos Políticos en América Latina*, segunda edición, Universidad de Guayaquil, 1989)

Antihistoria ecuatoriana



René Báez



A la venta en Quito

- LibriMundi
- Mr. Books
- Librería Española
- LibroExpres
- Los Libros
- El Sabueso
- Studium
- Autores Ecuatorianos

Pedidos: baezrene@yahoo.com.ar

Esta edición se terminó de imprimir
en los talleres de Artes Gráficas SILVA,
Mallorca N24-257 y Guipúzcoa, La Floresta, Quito,
el día 3 de enero del 2013.
Tiraje: 500 ejemplares

Autoritarismo y fascismo en América Latina reúne tres ponencias escritas por Agustín Cueva en los años 70, con el telón de fondo de las sanguinarias dictaduras de los Bordaberry, Pinochet y Videla instauradas en el Cono Sur del continente.

El denominador común de los aludidos estudios -virtualmente desconocidos en nuestro país- constituye, por un lado, el riguroso empleo de la teoría marxista para explicar los procesos de distinta índole que desembocaron en el establecimiento de esos antinacionales y antipopulares regímenes; y, por otro, la interpretación de los mismos como portadores de los intereses de monopolios transnacionales y de oligarquías y burguesías criollas atadas umbilicalmente a las necesidades de reproducción ampliada del sistema capitalista imperialista.

Conforme podrá verificar el lector de este Cuaderno, no obstante las reconfiguraciones de la escena internacional como correlato de las espectaculares mutaciones de la economía mundial en los últimos decenios -derrumbe del “socialismo real” europeo, emergencia de China como potencia manufacturera, financiarización del planeta hasta grados surrealistas-, los incisivos análisis que realizara el malogrado académico compatriota continúan alumbrando de manera sorprendente sobre el devenir de Nuestra América.

Particularmente útiles para comprender el verdadero carácter de gobiernos “progresistas”, como el que preside Rafael Correa Delgado en estas latitudes, son sus escrutinios de fórmulas de control y alienación social como el democratismo, el autoritarismo y el fascismo *periféricos*.

ISBN 978-9942-11-819-6



9 789942 118196